

EL LUGAR DEL POBRE EN EL PENSAMIENTO¹

Con este título presentó el padre Joseph Wresinski su introducción a los trabajos del Ciclo de Estudios sobre las familias inadaptadas, que en 1962 y 1963 reunió a científicos que investigaban la pobreza en Europa y en el mundo y a los primeros voluntarios permanentes en el campamento de Noisy-le-Grand. Estos trabajos se publicaron en enero de 1964 bajo el título "Nuevos aspectos de la familia. Principios de la promoción social de la familia inadaptada".

En el grupo de estudio anterior se decía que muchas familias viven aún en una situación de pobreza escandalosa porque la sociedad no ha sido capaz de poner sus bienes a su alcance. Creemos que esta carencia se debe a la falta de análisis de la situación de estas familias y de cómo éstas la viven.

Sin embargo, los pobres no son ajenos al pensamiento del hombre. Antes al contrario, cada vez están más presentes en sus preocupaciones. ¿Quién no se pregunta hoy, de una forma u otra, por la pobreza, con independencia de cuál sea su filosofía, su opción religiosa o política, su posición social? Entonces, ¿cómo es posible que encontremos en el seno de las sociedades más ricas un estado de miseria que nos recuerda extrañamente las imágenes de la miseria de siglos pasados sin que se haga un esfuerzo serio para comprenderla?

El estado de pobreza se confunde con quienes la viven

Ante todo es preciso reconocer que tendemos a considerar no la pobreza en sí misma, sino más bien las personas o los grupos que la viven. Tal vez tengamos esta forma de percibirla porque, a través de la civilización judeocristina, la pobreza se nos ha presentado de una forma que se reflejaba en personas: la viuda, el huérfano, etc. De estas imágenes nos hemos quedado con el aspecto individual, en vez de con los rasgos universales, pese a que se nos presentan de un modo inequívoco. Así este Lázaro, excluido, repugnante, lleno de vergüenza...

Así pues, pensamos en la viuda y en el huérfano. Claro que, junto a ellos, hay otros pobres que se han introducido en nuestro pensamiento: el esclavo, el campesino, el obrero, el hombre de los países en vías de desarrollo... Se nos han ido imponiendo uno a uno, a menudo a través de la lucha, y entonces hemos analizado su caso. Sin embargo, no hemos intentado comprender qué había de universal en su condición para así prepararnos a reconocer, incluso a prever, la pobreza en todas sus formas.

Esta tendencia a ver personas y no la condición que comparten con una gran parte de la humanidad se ve reforzada por la idea desarrollada a lo largo de la historia del pobre bueno y el pobre malo. En esta concepción, de la que, por otra parte, nadie escapa por completo, no cabe acusar a la pobreza en sí misma, sino que más bien nos indignaría que un grupo determinado se viera forzado a aceptarla, mientras que en otros casos diríamos que está merecida.

El pobre bueno es hoy, sin duda, el obrero, el anciano, el refugiado sobre todo, el hambriento de los continentes menos desarrollados.

¹ Introducción a los trabajos del Ciclo de Estudios sobre las familias inadaptadas, 1962—1963 en "Nuevos aspectos de la familia. Principios de la promoción social de la familia inadaptada", Oficina de Estudios Sociales de la Asociación Ayuda a Todos los Desamparados, París, Enero de 1964, pp. 7-10.

Otros, tal vez los trabajadores inestables, o los que salen de la cárcel, las familias errantes, nos parecen todavía demasiado repugnantes. Éstos son los pobres malos: no merecen ni desean otra cosa. En resumen, no se les reconocen las verdaderas dimensiones de la pobreza y del sufrimiento.

Es preciso que admitamos que a las familias inadaptadas rara vez se les reconoce aún como pobres que merecen nuestro esfuerzo intelectual y son dignos de él.

Las dificultades del análisis

Puesto que no existen unos conocimientos universales, no sabemos reconocer la pobreza. Descubrirla bajo una u otra apariencia es siempre un proceso dificultoso. Puesto que no existen tales conocimientos, cuando hemos reconocido una clase de pobreza o la otra, nos cuesta trabajo analizarla.

Efectivamente, como no se reconocen sus rasgos esenciales, cada pobre se nos presenta como un pobre nuevo. ¿De qué modo nos comunicaremos con este desconocido? Para llegar a él buscamos puntos de referencia. Tomamos su sufrimiento desde una perspectiva que nos parece familiar porque la hemos visto en otros pobres. Nuestra ignorancia muchas veces ha convertido esos puntos de referencia en auténticos tópicos.

¿Quién de nosotros, al ver un suburbio de Francia, no lo ha reducido en un primer momento a un problema de escasez de viviendas, de falta de trabajo, de sueldos insuficientes? Es evidente que son factores que influyen, pero, ¿cómo y por qué influyen? No lo sabemos, porque la situación que se nos presenta es una situación nueva, desconocida.

También reducimos –y es muy humano– el sufrimiento del pobre a aquello que nosotros hemos sufrido o pensamos que podemos sufrir. Cuando vemos que se acerca el invierno imaginamos que las familias del suburbio sufren por el frío, o más bien imaginamos que nosotros mismos podríamos sufrir por el frío. Lo que de verdad significa el frío para esta familias apenas llegamos a saberlo. Nosotros podemos sufrir por la misma causa, pero, como no vivimos igual que ellas, no sufriremos de la misma manera. Entre ellas y nosotros no existe ninguna medida común.

Tanto si nos referimos a aspectos ya conocidos de la pobreza como a nuestra propia experiencia de la pobreza, nuestro razonamiento, subjetivo en exceso, corre el riesgo de seguir un camino equivocado. Imaginaremos una ayuda que no responde a las verdaderas necesidades. Para conocerlas tendríamos que deshacernos de toda idea preconcebida y llevar a cabo una investigación objetiva.

Observar, escuchar, preguntar a quien vive la pobreza es un trabajo al que no nos entregamos fácilmente: exige, ante todo, una humildad y una disponibilidad muy grandes. La humildad de decirnos que ese pobre tiene algo que enseñarnos y la disponibilidad para aceptar las consecuencias de lo que aprendamos. ¿A dónde nos llevará este hombre que parece desafiar nuestros esfuerzos por sacarlo de ahí, que se parapeta en esa pobreza que nos acusa de nuestro fracaso social o religioso? ¿Acaso no preferiríamos destruirla pura y simplemente, imponiendo nuestra voluntad al pobre, rompiéndolo, obligándolo a ser como nosotros o a desaparecer?

El análisis objetivo también nos exige una gran capacidad. ¿Sabemos sencillamente escuchar al pobre e interpretar sus palabras, que en su mundo no significan lo mismo que en el nuestro? ¿Comprendemos sus gestos, que son los de un universo en el que aún no hemos entrado de verdad? ¿Podemos descubrir cómo el pobre nos percibe a nosotros, su entorno, pues eso es lo que va a determinar en buena parte su modo de comunicarse con nosotros?

Cuántos cuestionarios mal pensados, cuántas encuestas mal hechas, qué de enfoques ineficaces, incluso insatisfactorios, porque no hemos sabido entrar en la onda de aquél a quien queríamos preguntar. Incluso en nuestras investigaciones hemos querido que el pobre se adapte a nosotros, a nuestras experiencias anteriores, en lugar de adaptarnos nosotros a él.

Es cierto que aún no existe especialización en este ámbito: no hay psicología, sociología, historia ni geografía de la pobreza. Falta incluso el especialista en el sistema económico de los pobres. Por tanto, cualquier científico puede considerarse competente.

El pobre que no entre en el pensamiento del hombre quedará siempre fuera de sus ciudades

Mientras no exista una especialización que nos aporte conocimientos universales, los pobres sólo entrarán en nuestro razonamiento por categorías y aún así lo harán a duras penas, como ya hemos visto. Y mientras algunos sigan ajenos a nuestro pensamiento, el mundo irá construyéndose sin ellos.

Es verdad que podemos aceptarlos en nuestro corazón. Sin embargo, las sociedades no se hacen con el amor, sino con la inteligencia, que no siempre está animada por el amor. El pobre que no entre en la inteligencia de los hombres no podrá entrar en sus ciudades. Si no se escucha al pobre, si los responsables de la organización de una ciudad no lo conocen ni conocen su mundo, las medidas que se tomen en su favor serán sólo gestos intermitentes en respuesta a unas exigencias superficiales y de conveniencia. Las acciones subjetivas que no se inspiran en el universo que vive el pobre, a pesar de toda la buena voluntad, no harán que entre en las estructuras de la sociedad.

Ésta es la razón de que ese impulso generoso del corazón que ha recorrido toda Francia a favor de los sin techo² haya sido incapaz de llevar a las familias inadaptadas hasta el interior de los grandes núcleos de viviendas. Estas familias, quizá ya queridas pero desconocidas, han quedado fuera de los muros, en las ciudades de urgencia, de hospedaje, de miseria. Mientras las ciencias humanas y sociales no aporten conocimientos reales, el urbanista y el constructor sólo podrán recrear un mundo aparte para quienes están al margen. La asistente social sólo podrá agotarse en vano y aportarles unos medios que no se han pensado para ellos. El magistrado, puesto que no conoce sus dimensiones ni sus posibilidades, no podrá garantizarles la igualdad ante la ley. Y la Iglesia no hablará el idioma de aquellos a quienes querría evangelizar.

* *
*

Hemos querido escuchar a estas familias que están más allá de nuestros muros y de nuestro pensamiento y conocer su rostro. Hemos querido saber qué son, antes de preguntarnos qué hacer para que se conviertan en otra cosa. Ahora, escuchándolas siempre, observándolas, deseamos comprender sus necesidades verdaderas, antes de preguntarnos cómo inculcarles otras.

Introduciendo de este modo en nuestra reflexión a las familias rechazadas, tal vez aprendamos a comprender los rasgos universales de su pobreza. Así habremos conseguido que avancen, aunque sea un poco, los conocimientos que permitirán reconocer la pobreza de todos los tiempos. Recogiendo entre nosotros al pobre de hoy habremos preparado la acogida del pobre de mañana.

² El autor se refiere a la movilización de la opinión pública que consiguió el llamamiento del padre Pierre en febrero de 1954.